

30^a semana ordinaria - 27 DE OCTUBRE 2024 (Jr 31, 7-9; He 5, 1-6; Mc 10, 46b-52)

Para este 30° domingo del tiempo ordinario, la Iglesia nos invita a recordar que Dios no abandona a su pueblo y quiere llevarlo de nuevo donde sea bueno vivir juntos y donde todos, ciegos, sordos, cojos y todos los miembros de la asamblea se formen nuevamente, Un pueblo: el que tiene a Dios como padre y Efraín como hijo mayor. Dios va a buscar la oveja perdida, Dios trae a los perdidos, cura a los enfermos, se interesa por el más pequeño. Él solo quiere la felicidad de la humanidad en la creación que tiene todo para que todos vivan felices.

En la segunda lectura, se nos propone también la figura del sumo sacerdote. Necesitamos un intermediario creíble para dirigirnos al Sacerdote y ser escuchados por él. Los que nos son dados han sido elegidos e instituidos, pero uno de ellos supera a todos los demás, es el Cristo, el Sumo Sacerdote por excelencia ya que es al mismo tiempo el Sacerdote y la víctima, no solo ofrece los productos de la tierra, se ofrece a sí mismo para redimir a todos sus hermanos humanos. Es también Dios mismo quien viene a buscar al hombre para llevarlo por el recto camino y ofrecerle una tierra generosa que podrá habitar en la paz y serenidad bajo su benevolente mirada de Padre.



La tercera lectura nos presenta al ciego Bartimeo, mendigo a la orilla del camino, excluido de la multitud, como los leprosos, los cojos, los rechazados de todo tipo, los pobres, los viejos... molestan a los que tienen todo para ponerse en primer plano y hacerse ver bien. Pero he aquí que Jesús se va a interesar por este ciego aislado y abandonado, y como lo hizo también por Zaqueo, rico sin duda, pero también aparte, va a ir aquí, no a verlo, sino a dejarlo venir delante de todo el mundo. El intercambio entre Jesús y Bartimeo es breve: "¿Qué quieres que haga por ti?" "¡Maestro, que recupere la vista!". La respuesta es contundente pero tan breve y profunda que a menudo la olvidamos: "Anda, tu fe te ha salvado."

Retengamos que todos necesitamos ser salvados del exilio, de la desorientación, de la enfermedad, del aislamiento, de la discapacidad, de nuestra debilidad, de nuestros cobardes. Pero retengamos también que es nuestra fe, nuestro abandono, nuestro deseo ardiente o profundo que nos hará encontrar gracia ante Dios y beneficiarnos de su bondad, amor, gracias y apoyo para retomar el camino de la vida y de la verdad, es decir, de Jesús y por tanto de Dios. Todo ser humano que sabe escuchar, oír, comprender, ayudar, acompañar, apoyar... no está en nuestro camino, como un sacerdote, un ángel, un enviado, un mensajero que nos dará la vista y la luz y nos permitirá a nuestra vez ser claridad y brújula para los demás. " El hombre recuperó la vista y siguió a Jesús por el camino".



Hno. Claude MARSAUD, fsg